

déis la importancia suma de esta predicacion que ilustra vuestra inteligencia, gobierna vuestro corazon, rectifica vuestra conducta, afirma vuestras esperanzas y estrecha con vínculos inmortales vuestra presente y futura existencia? No es este el lugar de explanaros tan santas ideas, harto fecundas para que pudieran figurar en los pormenores de un simple discurso; pero sí os diré con San Pablo, que todos estos bienes se nos comunican con la fe, de la cual se deriva nuestro ser de cristianos, en la cual se funda nuestra esperanza divina, y por la cual somos conducidos hasta el amor mas acendrado por las altas revelaciones que nos hace y los sentimientos celestiales que nos inspira; que la fe entra por el oido con la palabra de Cristo y por tanto, mediante la santa predicacion de la doctrina cristiana. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.* (1)

¡O Dios mio! ¡qué ciego es el hombre que idólatra de su entendimiento, no tiene otra luz ni reconoce y admite mas oráculo que el de su propia razon! Él todo lo sabe, ménos lo que le importa; todo lo conoce, ménos á vos y á sí mismo, todo lo descubre, ménos el interior de su existencia, el carácter de su vocacion y la altura inconmensurable de sus destinos!

Cristianos, á quienes ha sido concedido conservar ileso el don sublime de la fe, bendecid al Autor de este bien infinito, y ofrecedle, como un primer tributo de amor y reconocimiento, vuestra consagracion tierna y constante á la doctrina celestial que puso á disposicion de su Iglesia para difundir la luz por todos los pueblos, y regenerar con su Evangelio y con su gracia el entendimiento y el corazon de toda la humanidad. Pero no basta comprender la importancia suma de la doctrina cristiana: es necesario hacerse y mostrarse digno de poseerla, y fecundarla en el alma para llegar á la perfeccion y asegurar la felicidad.

(1) Epist. á los Roman. cap. X v. 17.

SEGUNDA PARTE.

Si de tal magnitud es, hermanos míos, no solo para vosotros, sino para la humanidad entera, esta doctrina bajada de los cielos, nada ménos que para regenerar la inteligencia y el corazon, para reformar al hombre y volver á la vida el mundo intelectual y moral *sentado*, como dice el Profeta, *en las tinieblas y á la sombra de la muerte*, (1) ¡cuál debe ser nuestro afán é incansable solicitud en adquirirla y observarla? Dios la comunica ó la niega segun el espíritu con que se la oye y recibe: á unos los llena de luz; á otros les deja en las tinieblas. ¡Verdad terrible, que debe penetrarnos de espanto; pero verdad acrisolada en todas las pruebas, justificada y robustecida por siglos de experiencia! Yo pues, atento al grande objeto de este ministerio, ya que os he dicho algo, para inclinar vuestra voluntad, sobre la importancia suma de la doctrina cristiana, debo tambien hablaros, para asegurar el fruto de mi predicacion, sobre las disposiciones que debéis traer á este lugar santo, cuando á la voz de la Iglesia, os reunís en él para escuchar la palabra de Dios.

Estas disposiciones deben ser análogas en todo al fin que debéis proponeros en el conocimiento y observancia de la doctrina cristiana, es decir, deben enderezarse todas á la posesion de Dios, en la cual está cifrada nuestra verdadera y única felicidad, y como para llegar á este fin habemos menester de la luz que nos comunica la fe, de la fortaleza que nos da la esperanza, y de la rectitud en que nos coloca la caridad, claro es, que necesitamos un entendimiento dispuesto al sacrificio completo de la razon en cuanto no es de su resorte, una abnegacion de nuestro propio poder segun la medida de la esperanza, y por último, una consagracion exclusiva del corazon para conservar los vínculos eternos de ese amor á que nos llama nuestro propio fin,

(1) Cant. Zachar. en San Luc. cap. I, v. 79.

y á que nos conduce la palabra evangélica. Es decir, que debéis presentaros al ministro de la predicacion, como un ciego que necesita de luz, como un débil que ha menester de fuerza, y como un pecador que busca en la caridad su conversion y su perseverancia. En suma, debéis asistir con fe, con confianza y con solicitud: he aquí las tres principales disposiciones que deben preparar vuestras almas, como una tierra limpia y sin abrojos, en gran manera á propósito para recibir, con la semilla de la palabra divina y el benigno rocío de la gracia, cuanto basta para dar opimos y numerosos frutos de bendicion. Acordaos de aquella parábola tan significativa con que Jesucristo Señor nuestro quiso poner de vulto á los ojos de sus discípulos y de la humanidad entera las disposiciones que por su naturaleza exige la santa predicacion del evangelio, en los diferentes resultados que produce la semilla que se deja caer en un campo erizado de piedras y cubierto de abrojos, de la que se deposita en una tierra vírgen, digámoslo así, ó dispuesta por el beneficio á recibir el yugo con docilidad y la semilla con provecho. (1)

Yo no sé, hermanos, míos si vuestro corazon estará como aquella tierra vírgen, ó si presa de sus mismas borrascas, habrá visto espirar la inocencia en los embates de las pasiones. Pero sí sé, que el que pierde la inocencia no ve morir la esperanza, puesto que, mediante una conversion verdadera, puede ofrecer á la gracia de Dios las mas felices disposiciones del alma, y que, inocentes ó penitentes, podéis, hermanos míos, conquistar con la doctrina de Cristo entendida y practicada, la posesion de aquel inmenso y escondido tesoro, que segun la parábola de Jesucristo, compró el ávido mercader, con el cuantioso producto que habia reunido en su vida: (2) el tesoro que, para valirme de la expresion del Sabio, no se adquiere con el oro, las margaritas y las preciosas piedras, que preexiste á cuanto hai, y que estaba en Dios mucho tiempo ántes de que empezasen á desfilar los siglos, (3) esta palabra de Dios que no puede venir de lleno á nuestras almas, digámoslo

(1) San Mateo. Cap. XIII, vv. 3 y siguientes.—(2) S. Mat. cap. XIII v. 44.—(3) Eclesiástico. cap. XXIV v. 14.

así, sino encendiendo en ellas el fuego é inundándolas en un oceano de luz; porque la palabra de Dios es un rayo de su luz increada, una chispa de su fuego divino, y por esta razon el Verbo eterno, como dice el Evangelista, ilumina á todo hombre que viene á este mundo, (1) y por esto vino tambien, como decía Jesucristo, á pegar fuego á la tierra (2) para producir en ella ese grande incendio de amor en que inmoladas todas las miserias, todas las bajezas, todos los crímenes, la concupiscencia en todas sus faces, quedara solo en pié ese digno y sublime conjunto de atributos morales que constituyen y caracterizan á los verdaderos hijos de Dios, preparan en las virtudes de la tierra las glorias del cielo, y colectan por toda esta inmensa Babilonia del mundo á los consocios de los ángeles y futuros moradores de la eterna Jerusalem.

No os diré mas, hermanos míos, para preparar con vuestro corazon vuestra inteligencia, á fin de que atendáis con el interes mas vivo á la instruccion que voi á daros sobre estas tres disposiciones que son tan indispensables para oír con aprovechamiento la palabra divina.

Entrando pues en la primera de ellas, no imaginéis que os ponga en guerra con vuestra propia razon condenando sus instintos y eclipsando para siempre sus luces. Yo diré aquí sobre la razon, lo que nuestro Señor Jesucristo decía sobre todo el hombre, lo que ha dado tanto que cavilar á la razon misma, y tanto que aprovechar á la piedad y á la fe: „*el que quiera salvar su vida la perderá, y el que la perdiere la salvará*; (3) y lo diré, no para tachar de paradójico é ininteligible el sagrado texto, sino para exclamar, con uno de los mas bellos luminaires de la Iglesia católica: „*Felices los que aborrecieron conservando, con el fin de no irlo á perder todo empeñándose en la intensidad de un amor mal entendido.*”

A este modo, católicos, pudiera yo decir aquí: el que idólatra de su inteligencia intenta llenarla de esplendor, buscando en sí mismo el principio de la luz, quedará inevitablemente hundido en las tinieblas, se alimentará siempre con los errores y vivirá en la mas profunda ig-

(1) S. Juan cap. I v. 3.—(2) S. Luc. XII v. 49.—(3) San Mat. cap. XVI, v. 25.

norancia; mientras aquel que, bien advertido acerca del verdadero origen de la verdad y de la luz, entra espontáneamente en la santa oscuridad de los misterios, y abate y humilla su propio entendimiento ante las tinieblas saludables y santas de la fe, desconfiando siempre de sí mismo y anhelando constantemente por la luz que baja de los cielos, ese dichoso mortal salvará su inteligencia misma, se verá inundado en un oceano de esplendor, haciendo la brillante conquista de la verdad universal, y poseyendo aquella luz de luz, (1) por explicarme así, que tanto resplandece en la sublime razon del cristianismo.

Esta primera disposicion que os pido, hermanos míos, es fundamental en todos sentidos, porque es una disposicion de fe, y una disposicion para la fe, que entra por el oído, volveré á decíroslo, con la palabra de Jesucristo, y constituye, segun el santo Concilio de Trento, el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion (2).

Esta santa disposicion se funda, hermanos míos, en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. Este nos manifiesta por todas partes nuestra limitacion y nuestra incapacidad, pues aun en el orden puramente humano apenas hai cosa que no burle con sus incertidumbres el orgullo de nuestra propia razon. Los objetos mas insignificantes al parecer vienen á ella entre la oscuridad y la luz, franqueándonos su presencia y encubriéndonos su naturaleza intrínseca, muchas de sus causas secundarias y hasta su misma causa primera, si no apelamos á Dios. El filósofo impío se rebela en su orgullo contra nuestros misterios religiosos, porque no los entiende; pero, ¿cómo no se incomoda con la naturaleza física, poco ménos inaccesible á su capacidad! Yo entro en lo mas profundo de mí mismo, y desde esta soledad impenetrable empiezo á hojear todo el libro de mi vida; registro con esmerada escrupulosidad la historia de mis pensamientos, sigo fielmente la carrera de mis ideas desde la infancia de mi razon, trato de relacionar con todo esto el estado actual de mi saber; analizo este saber mismo, y en él encuentro por una parte doctrinas perfectas, ideas exactas, luces

(1) *Lumen de lumine.* Simb. de Nic.—(2) Secc. VI de justificat. cap. VIII.

y verdades; por otra parte doctrinas vergonzantes, por explicarme de esta suerte, que se presentan en traje de incógnitas, bien así como esos forasteros desconocidos que llegan á las puertas de nuestras casas, y que por anticipadas noticias que tengan de nuestra caridad y misericordia, no hallan en estas cualidades nuestras unas garantías competentes contra la inseguridad de su persona, las dudas acerca de su carácter, y los justos recelos en orden á su comportamiento: no se les despide, es verdad, porque la caridad nos manda que demos posada al peregrino; pero tampoco nos entregamos á ellos, porque el buen consejo nos enseña, que andemos cautelosos contra una sorpresa, inevitable en la ligereza de nuestra conducta. Tal concibo, señores, la sabiduría humana, y hablándoos con toda franqueza, jamas he dejado de verla colocada entre los prestigios de la novedad y los desengaños de la experiencia. No nos cansemos, solo cuando nuestro saber esta apoyado en la palabra de Dios, poseemos una ciencia positiva y segura, una ciencia firme é incontrastable, una ciencia probada en los resultados, victoriosa en todos los combates, acrisolada en todas las experiencias, una ciencia, por último, fecunda, práctica, la cual nos conduce de conocimiento en conocimiento hasta Dios, de donde desciende y en el cual termina.

Entónces formamos nosotros un raciocinio mui sencillo: si Dios es la fuente del ser, la causa de todas las causas, ¿podrá ser nunca mi pobre razon fuente de la verdad y principio de la sabiduría? entónces, católicos, nuestras almas vuelan en pos de la doctrina, en seguimiento de la sabiduría, en acecho de la luz hasta el trono excelso de la sabiduría increada: colocamos nuestro entendimiento en el seno de nuestro corazon profundamente humillado, sin tener otra conviccion á semejante propósito, que la de nuestras propias tinieblas, este caos de la naturaleza humana siempre antiguo y siempre nuevo, donde no puede sentirse la presencia de la verdad, mientras la voz del Criador no haya resonado allí con aquellas palabras sublimes del mas antiguo de todos los libros *Hágase la luz.* (1)

(1) Génes. cap. I v. 3.

Tal es, hermanos míos, la primera disposición con que debéis venir á escuchar la palabra divina, un conocimiento profundo de vosotros mismos, que haya radicado en vuestras almas el sentimiento saludable de vuestras tinieblas, de vuestra incapacidad y vuestra ignorancia, y un conocimiento igual acerca de Dios, que os le manifieste de continuo como el Padre de la luz, la única fuente de la sabiduría, el principio eterno de la verdad.

Pero no es esto solo: bien está que contéis con esta disposición feliz, grande por cierto, pues que basta por sí sola para expeditar vuestro corazón de todos los obstáculos que engendra la soberbia; pero no os detengáis aquí, porque entónces la desesperación vendría á frustrar los planes magníficos de la fe. ¿De qué serviría, decidme, el convencimiento de vuestras tinieblas y de vuestra ignorancia, si la sed instintiva y ardiente que tenéis, por otra parte, de luz y de verdad no estuviese prevenida con las promesas de Dios y vuestro propio juicio de que ha de ser apagada y satisfecha? La segunda disposición pues, que debéis traer á este lugar santo, cuando venís á escuchar la palabra de Dios, es una disposición de esperanza, que consiste, bien lo sabéis, en la seguridad íntima de que Dios ha de concederos lo que deseáis en orden á vuestra vocación eterna, comunicándoos con magnífica abundancia la verdad y la luz por la palabra evangélica que predicán sus ministros.

En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes, y también tener á la vista los talentos y las aptitudes del maestro, para venir, y no sin mucho trabajo, á conjeturar muy remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Mas no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo: las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del orador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran, como unas condiciones indispensables, ó como basas primeras del edificio de la sabiduría. Es decir, católicos, que respecto de mí no debéis preguntar, si tengo saber, sino investigar si tengo misión, si en efecto soi sacerdote, si he sido enviado de parte de Jesucristo á predicaros el evangelio. ¡Desdichados de vosotros y de mí,

hermanos míos, si los frutos de la palabra santa estuviesen vinculados en los talentos del predicador! ¡Qué incertidumbre entónces! ¡qué confusión! ¡qué tinieblas! No debéis preguntar, si me he hecho notable en las juntas de los sabios por la penetración del ingenio, por los hechizos de la imaginación, por el prodigio de la memoria y por la fuerza de la elocuencia; sino ántes bien, si prescindiendo enteramente de mí mismo, me ocupo solo en los intereses de vuestra eterna salud, si amo á Dios, y en él os amo á vosotros: „Ama, decia San Agustín, y haz lo que quieras.” Bien os entendería á vosotros, ó á otro predicador, que me dijese: no podemos discurrir, no podemos admirar, no podemos aprender tales ó cuales libros; pero yo les respondería con San Bernardo: ¿y no podéis amar? ¡Ah, hermanos míos! podéis y mucho, amar á Dios y amar á vuestro prójimo; y esto bastará, no lo dudéis, sin necesidad de los talentos y de las otras cualidades semejantes, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á vosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fecunda, y germinando allí, brote, y crezca, y multiplique sin fin en pro de vuestra eterna felicidad sus frutos de salud y bendición. Esto bastará también, tenedlo por seguro, para que me veáis inesperadamente transformado en medio de vosotros de tinieblas en luz, de ignorancia en sabiduría, de debilidad en poder, y por último, para que me encontréis y sintáis muy elocuente contra todas las previsiones y todos los cálculos puramente humanos: porque tened presente, que la palabra es de Dios, el ministerio es de Dios, el designio es de Dios, y Dios es la sabiduría y el poder por esencia. ¡Qué importancia pues mis talentos y mi poco saber, cuando lo que yo os conduzco por mis labios ha venido del cielo, y cuando Dios ha mandado expresamente que yo venga á salvaros con la predicación de su doctrina?

¡Cuántos motivos de confianza en el Señor, hermanos míos, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, que hace crecer este número prodigiosamente con la difusión liberalísima de su palabra, de esta palabra viva, fecunda, eficaz, como dice el Apóstol San Pablo, (1) y que la ex-

(1) Epíst. á los Heb. cap. IV, v. 12.

tiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas; y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio, que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¿Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios? ¿quién de vosotros, hermanos míos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito único que pide Jesucristo para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros?

TERCERA PARTE.

Lleno pues de confianza en las promesas del Señor; santamente animado con la idea feliz de que Dios nos ha congregado aquí con algun designio, y de que este designio, como suyo que es, envuelve un gran bien para vosotros y para mí; persuadido íntimamente de que habéis formado acerca de la doctrina evangélica un concepto digno del verdadero cristiano, considerándola relativamente á vosotros como un elemento fecundo de sabiduría de virtud y de santidad, entro á proponeros desde luego los medios que considero mas á propósito para que saquéis un provecho incalculable de estas santas instrucciones.

Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el orden en todo lo que pensamos y en todo lo que hacemos. El orden, señores, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el orden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las

cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden, este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

Pues que vengo á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conducirlos pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la segunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé, que á nuestro Criador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantáneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastan los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevar-